

blecimiento, y habitan en las dependencias del mismo.

Todos aquellos jóvenes me parecieron ganosos de aprender y aficionados á la ciencia: llevados de este afán, los hay que llegan de las comarcas más remotas del mahometismo, como la India y Marruecos; pues así como las demás religiones menosprecian la ciencia, la islamita la tiene en mucho, y á los musulmanes se debe aquel pensamiento tan exacto: «Son hombres los que aprenden y los que saben; los restantes no son más que gusanos, ó seres que no sirven para nada.»

Además de las mezquitas existen otros monumentos religiosos de menor importancia, como sepulcros de santos, ó sean de marabuts: construcciones pequeñas, de forma cúbica, cobijadas por una cúpula, las cuales se hallan en todos los países musulmanes. El que nosotros publicamos en esta obra se tomó de un ameno sitio, el bosque sagrado de las cercanías de Blidah.

También debe tenerse por edificios religiosos los conventos ó tekkes, donde viven ciertas corporaciones de derviches; pero su número es muy corto, sobre todo comparándolo con los de Europa; y además difieren poquísimos de las otras moradas de los mahometanos, y no tienen el aspecto sombrío de nuestros monasterios.

### III

#### LA MORAL EN EL ISLAMISMO

Las prescripciones morales del Corán son excelentes, pues enseñan la caridad, la beneficencia, la hospitalidad, la moderación del deseo, la fidelidad á la palabra dada, el amor al prójimo, el respeto á los padres, la protección á las viudas y á los huérfanos, y hasta la recomendación muchas veces repetida de volver bien por mal: en una palabra, la moral del Corán y la del Evangelio son casi idénticas.

Pero el estudio de la moral que un libro enseña poca importancia tiene; pues no hay religión alguna cuyos principios morales no sean excelentes. Lo que conviene saber cuando se estudia un pueblo no son las virtudes que le enseñan, sino las que practica. En efecto la experiencia demuestra que la relación entre unas y otras es generalmente muy tenue.

En el capítulo de nuestra anterior obra dedicada al estudio del desarrollo de la moral, hemos procurado demostrar que entre los factores que determinan su formación, como la utilidad,

el centro, la opinión, la selección, las prescripciones legales, la educación, la inteligencia, etcétera, las religiones no desempeñaban casi nunca sino un papel secundario; que en los antiguos cultos no había recomendaciones concernientes á la moral, y que únicamente en las religiones de los Hindus y en las que crearon Moisés, Jesucristo y Mahoma existen mandamientos morales. Pero adviértase que estas religiones no hicieron más que apoyar con su sanción los principios que ya se enseñaban en la sociedad. Constituyen únicamente aquella sanción la esperanza de una recompensa y el temor de un castigo en otra vida; pero como es fácil obtener el perdón de los crímenes, el miedo del castigo carece de la eficacia que podría tener en los hombres.

Además basta haber viajado algo, estudiando á los hombres en otras partes que en los libros, para reconocer que la religión es del todo independiente de la moral. Si hubiese parentesco real entre ambas, los pueblos más religiosos serían los más morales; y la realidad dista mucho de confirmarlo. España y Rusia me han parecido los puntos de Europa donde se cumplen más escrupulosamente las prácticas del culto; y creo estar conforme con los observadores que los han estudiado cuidadosamente, asegurando que debe colocárselos entre aquellos cuya moralidad es menos alta (1).

Por consiguiente no debe buscarse las causas del estado moral de un pueblo en la religión, pues repito que todas tienen excelentes principios morales, y si se cumpliesen, reinaría la edad de oro en la tierra, pero el modo de seguir estos principios cambia según la época, el centro, la raza y otras diversas circunstancias, por cuyo motivo, á pesar de tener una misma religión, hay pueblos que están á diferente nivel moral.

Todo lo precedente es aplicable á todas las

(1) El principio religioso-moral de que Mr. Le Bon habla, no tiene la menor duda; pero nosotros también hemos viajado un poco, y creemos que en punto á moralidad todos los pueblos europeos, *mutatis mutandis*, se hallan al mismo nivel moral y religioso, salvo Suiza, que en la parte moral los aventaja á todos. La diferencia que existe entre los demás es que cada uno tiene cierta originalidad propia en su conjunto moral, siendo muy cómico y grotesco ver cómo unos abominan del conjunto de otros, suponiendo que el suyo vale más. En cuanto á religión, España es uno de los países de Europa donde prevalece más la indiferencia, y donde es más enérgica la irreverencia por el catolicismo. No sólo aquí en 1835 se quemó los conventos y degolló á los frailes, sino que si durante los períodos reaccionarios se deslizan frailes entre nosotros, así que amanece un período liberal, ellos mismos huyen disfrazados, demostrando que conocen más á nuestro país que todos los señores Le Bon que aseguran haberlo estudiado. El autor de esta obra, según parece, lo estudió pasando algunos días en Sevilla y Granada, y examinando el resto por las ventanillas de los trenes de París á Andalucía. (N. del T.)

religiones imaginables, inclusa la mahometana; pues aunque sus preceptos morales sean excelentes, su influencia ha dependido de las épocas, razas y centros.

Durante los primeros tiempos del islamismo la moralidad de los Arabes fué mucho mayor que la de todos los pueblos que entonces existían y particularmente que la de los cristianos; y su justicia, su moderación, su benevolencia, y tolerancia con los vencidos, el respeto de sus promesas, su carácter caballeresco, son notables, contrastando de un modo extraño con la conducta de las demás naciones, y particularmente con la de los Europeos en la época de las Cruzadas.

Si atribuyésemos á la religión la influencia que generalmente se le concede, nos veríamos obligados á decir que la moral del Corán es muy superior á la del Evangelio, una vez que los pueblos que seguían el islamismo tenían muchísima más moralidad que los cristianos. Pero lo que ya llevamos dicho demuestra la falta de lógica de esta conclusión. La moralidad de los musulmanes cambió, como la de los cristianos, según los factores que hemos ya enumerado; y si en unas épocas fué muy alta, en otras fué muy baja. El largo dominio de los Turcos ha rebajado también mucho la moralidad de los Orientales sometidos á su yugo; pues en todo país donde no hay más ley que el capricho del señor, ó el de sus delegados, tiranuelos que no piensan más que en enriquecerse; en un país donde no hay que esperar justicia, y donde nada se obtiene sino derramando oro, la corrupción no puede menos de hacerse luego general, por no haber moralidad posible. Así es que la de los Orientales sometidos á Turquía es muy escasa; pero el Corán es tan inocente de esta degeneración, como el Evangelio lo es del estado idéntico en que se hallan las poblaciones cristianas que viven bajo el mismo régimen.

Con esto se habrá reconocido la falta de verdad que hay en aquella opinión tan generalizada hoy en Europa de que depende del mahometismo el extremo de inferioridad moral en que se hallan ciertos pueblos orientales. Tal creencia es el resultado de la siguiente serie de errores: que el Corán ha creado la poligamia; que el supuesto fatalismo que enseña, conduce los hombres á la inacción, y finalmente que Mahoma no exige de sus discípulos sino prácticas fáciles de cumplir. Todo lector que ha llegado hasta aquí sabe ya que semejantes pro-

posiciones son inexactas, pues ya hemos visto que la poligamia existía en todo Oriente muchos siglos antes de Mahoma; que el Corán no es ni más ni menos fatalista que cualquier otro código religioso, y que si los Arabes son de carácter fatalista, ese fatalismo no les ha inspirado la inacción, ya que llegaron á fundar un



Lámpara de la mezquita de la Alhambra (Museo español de antigüedades)

gran imperio. Finalmente, hemos demostrado de sobra que las prescripciones morales del Corán son tan puras como las de otros libros de la misma índole. Además, si fuese cierto que el Corán ha degradado á los pueblos orientales, deberíamos también reconocer que los Orientales que no son polígamos, ni fatalistas, cual los cristianos de Siria, se habían sustraído á esa decadencia; y no hay autor de los que han estudiado el Oriente, que no se vea obligado á reconocer que estos últimos tienen un nivel



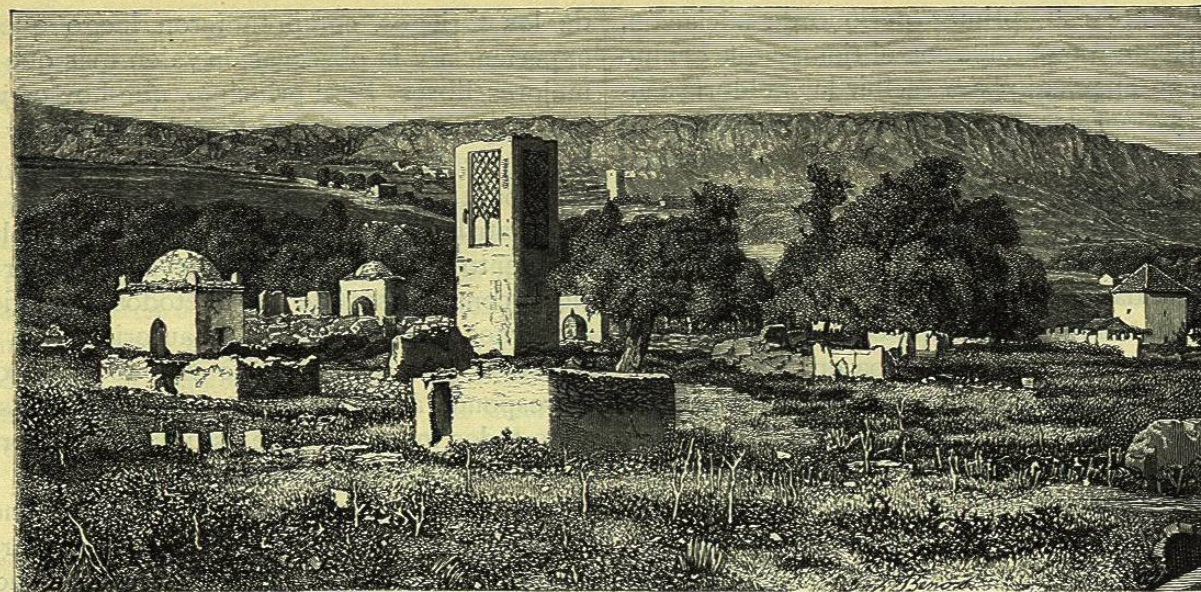
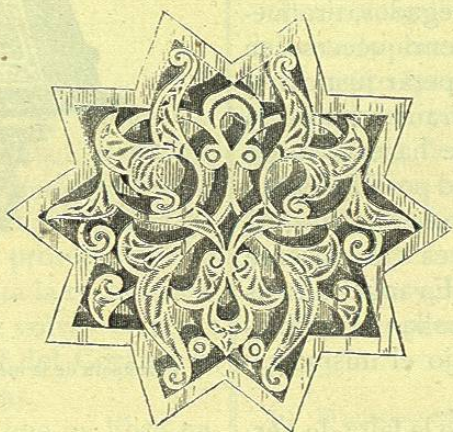
moral todavía inferior al de los musulmanes.

Podríamos terminar, pues, este capítulo diciendo, que la moral del Corán es tan elevada como la de cualquier otra religión, y que los pueblos á quienes aquel libro ha dirigido, han presentado, como aquellos á quienes ha dirigido el Evangelio, un nivel moral variable, según el tiempo y las razas, lo cual dependía de factores sobre los cuales los mandamientos religiosos influían poco.

Pero la más importante deducción que debe hacerse de todo lo dicho es que el Corán ha tenido una influencia inmensa en todos los pueblos que le han estado sometidos; que muy pocas religiones pueden alabarse de lo mismo, y que ninguna quizá ha logrado que durase tanto. El Corán es el verdadero eje de la vida en Oriente, y su influencia trasciende á los menores detalles de la vida.

El imperio de los Arabes no existe ya sino

en la historia; pero la religión, que fué madre de este imperio, no ha dejado de extenderse; y desde el fondo de su tumba la sombra del profeta reina soberanamente sobre millones de creyentes, que pueblan el Africa y el Asia, desde Marruecos hasta China, desde el Mediterráneo hasta el Ecuador. El hombre es un juguete inconsciente de muchos señores; pero los más tiránicos, aquellos ante los cuales pasa su vida implorando y temiendo, aquellos por los cuales se agita entre sangre y lágrimas, aquellos por los cuales ha hecho las guerras más sanguinarias y cometido los crímenes más horribles, no son más que unas sombras fugitivas que pueblan el mundo de las ilusiones y de los sueños delirantes. Sombras son estas, aunque ligeras, terribles, pues si muchos conquistadores han conquistado el mundo y sujetado los hombres á sus leyes, ninguno ha tenido un poder tan grande como ciertos difuntos.



## LIBRO QUINTO

### LA CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### ORÍGENES DE LOS CONOCIMIENTOS DE LOS ÁRABES, SU ENSEÑANZA Y SUS MÉTODOS

###### I

##### ORIGEN DE LOS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS Y LITERARIOS DE LOS ÁRABES

Dos grandes civilizaciones, la de los Bizantinos y la de los Persas, proyectaban sus últimos resplandores, cuando los Arabes comenzaron sus guerras de invasión. El mundo nuevo donde entraban los discípulos del profeta sorprendió vivamente su imaginación ardiente; y no tardaron en dedicarse al estudio de las artes, de las letras y ciencias con tanto ardor como se dedicaran á las conquistas. Así que los califas dieron por asegurado su imperio, fundaron en todas las ciudades importantes varios centros de enseñanza, y llegaron á disponer de todos los sabios capaces de traducir al árabe las obras más célebres, y particularmente las griegas.

Ciertas circunstancias particulares facilitaron esta empresa, pues hacía algún tiempo que los conocimientos greco-latinos se habían difundido en Persia y Siria. En efecto, cuando los nestorianos fueron desterrados del imperio de

Oriente, fundaron en Edesa de Mesopotamia una escuela que propagó los conocimientos de los Griegos por las comarcas de Asia; y al destruir el emperador Zenón el Isáurico aquel centro de enseñanza, los monarcas Sasanidas recibieron muy bien á los profesores; lo cual fué causa de que más adelante, cuando el emperador Justiniano cerró las escuelas de Atenas y Alejandría, los sabios de ellas se estableciesen en Persia, donde se dedicaron á traducir á las lenguas más conocidas de Oriente, como el siríaco, caldeo, etc., los autores griegos más estimados, por ejemplo Aristóteles, Galieno, Dioscórides, etc.

Al apoderarse los Arabes de Siria y Persia hallaron allí parte del precioso depósito de la ciencia griega; y muchos de entre ellos aprendieron á leer los autores antiguos, particularmente los griegos, en su propia lengua, así como más adelante aprendieron en España el latín y castellano. La biblioteca del Escorial contiene diccionarios árabe-griegos, árabe-latinos y árabe-españoles, cuyos autores eran musulmanes.